

Educación fuera del aula: los paseos escolares durante el porfiriato

LUCÍA MARTÍNEZ MOCTEZUMA*

Resumen:

La organización pedagógica y el plan de estudios de la escuela moderna mexicana se propuso como objetivo principal lograr el desarrollo intelectual, moral y físico de los alumnos, para ello se prescribió la práctica de la gimnasia, los ejercicios militares, el trabajo manual, la higiene en la escuela y la realización de paseos escolares. Esta última fue una de las innovaciones pedagógicas que se recibió con mayor entusiasmo debido a que representaba una actividad lúdica y de aprendizaje fuera de la disciplina impuesta en el aula escolar. Este artículo tiene como objetivo conocer el aprendizaje de los escolares mexicanos fuera de las limitaciones del salón de clase, a través de la realización de excursiones y viajes escolares, un ejercicio que permitió a los alumnos conocer, de manera objetiva, diferentes aspectos del país, entre ellos, el progreso de la época, con la visita a las industrias, las haciendas, los talleres, las imprentas, las escuelas, el campo y otros.

Abstract:

The organisation of pedagogy and the curriculum of the contemporary school in Mexico were seen to be the main instruments to encourage the intellectual, moral and physical development of the student population. Hence, athletics, military exercises, manual work, personal hygiene and educational outings were part of the curriculum. Educational outings was one of the pedagogic innovations which was received with great enthusiasm as it was seen as being an extra-curricular activity free from the discipline of the classroom. The aim of the present article is to discuss the training of students outside the classroom through an examination of school trips and outings. Such activities allowed students to learn through

* Profesora investigadora del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma del estado de Morelos. Av. Universidad 1001, col. Chamilpa, CP 62210, Cuernavaca Morelos. CE: luciamm@buzon.uaem.mx

personal experience about different aspects of the country amongst which were scientific progress through visits to factories, farms, workshops, printing works, schools, the countryside etc.

Palabras clave: innovación pedagógica, método objetivo o intuitivo, excursiones y viajes escolares, enseñanza de la naturaleza.

Key words: pedagogic innovation, objective and intuitive methods, school trips and outings, learning about nature.

Las modernas prácticas de enseñanza impuestas en Europa a finales del siglo XIX también fueron discutidas y practicadas en ciertas regiones de nuestro país. La organización pedagógica y el plan de estudios de la escuela moderna mexicana se propuso, como objetivo principal, lograr el desarrollo intelectual, moral y físico de los alumnos, para ello se prescribió la práctica de la gimnasia, los ejercicios militares, el trabajo manual, la higiene en la escuela y la realización de paseos escolares (León, 1889:37-58; Bazant, 1995:34). Esta última fue una de las innovaciones pedagógicas que se recibió con mayor entusiasmo debido a que representaba una actividad lúdica y de aprendizaje fuera de la disciplina impuesta en el aula escolar “[...] nunca las lecciones de la escuela obtendrán su cabal perfeccionamiento si no son complementadas por la observación de la naturaleza [...] eso es lo que la escuela moderna exige, eso es lo que reclama la naturaleza infantil” (*La Enseñanza Normal*, 1907:78).

Alberto Correa, inspirado en las ideas del pedagogo suizo Topffer, recomendaba a sus alumnos que admiraran el paisaje y las costumbres de diversas regiones para que aprendieran del contacto con la naturaleza y la gente, pues el viajar representaba cambiar a un horizonte que permitía instruir deleitando, ya que de esta manera se sustituía el mundo artificial de la escuela por la naturaleza misma (Correa, 1907:5).

“¿Qué puede aprender un alumno fuera de la escuela, templo especial consagrado a la enseñanza?”, se preguntaban los pedagogos de finales del siglo XIX en México. Su respuesta consideraba que el saber no era otra cosa que el conocimiento de las leyes naturales y

la aplicación que de esas leyes había hecho el hombre para alcanzar su bienestar. Observar directamente la naturaleza para interpretar y aprovechar la vida que les rodeaba, era la mejor manera de obtener la ciencia teórica y la práctica. Para el aprendizaje, la escuela y el libro representaban un auxiliar útil de los cuales no podía prescindirse, como tampoco podía prescindirse de aprovechar todos los elementos que existían en la ciudad y en el campo. La geografía, la aritmética, la historia, el dibujo, las ciencias físicas y naturales, la agricultura, la industria, el comercio; todo lo que representaba el mundo físico y la actividad del hombre podía y debía estudiarse recorriendo los campos, visitando granjas, fábricas y museos. De esta manera podría contemplarse la topografía del país, la altura y la forma de las montañas, el manantial que daba nacimiento a un río, recorrer los bosques y las llanuras, coleccionando plantas y animales y recogiendo muestras para obtener clasificaciones minerales que formarían parte del museo escolar, además de que estarían presentes en la transformación de las materias primas en manufacturas con la fuerza que generan las máquinas “[...] palpando la agitada vida mercantil y las rudas pero tranquilas faenas del labrador” (Correa, 1905:155).

Esta moderna práctica pedagógica puede situarse en Francia, desde la aparición del artículo del profesor Paul Berton, “L’enseignement par l’aspect à l’école primaire”, publicado en 1879, en la *Revue Pédagogique*, donde preconizaba el enriquecimiento de la educación con la práctica de *paseos escolares*, el fin era utilizar todo lo que llamara la atención de los niños, para lograr un verdadero aprendizaje práctico de las ciencias y las artes. Con este conocimiento, los alumnos podrían ser capaces de trazar sus propios itinerarios en una carta geográfica, evaluar las distancias y las alturas, conocer la composición de los terrenos y el funcionamiento de la maquinaria en los trabajos agrícolas, es decir, reconocer el dominio del hombre sobre la naturaleza (Chanet, 1996:329). Una idea que será retomada durante el periodo porfirista, en el propósito general de los paseos escolares mexicanos cuyo objetivo fue lograr que el alumno aprendiera observando las costumbres y las riquezas del suelo para explicar su transformación con la industria.

Este artículo tiene como objetivo conocer el aprendizaje de los escolares mexicanos fuera de la escuela, a través de la realización de paseos, una actividad que permitió a los alumnos conocer de manera objetiva diferentes aspectos del país, entre ellos, el progreso de la época, a través de la visita a las industrias, las haciendas, los talleres, las imprentas, las escuelas, el campo y otros. Una actividad pedagógica innovadora que llevó a los maestros, a los pedagogos, a los autores de libros y a las autoridades escolares de la época a reorganizar el aprendizaje fuera de las limitaciones del aula escolar.

Los paseos escolares: una innovación pedagógica del porfiriato

Para A. de Mayer, la innovación dentro del campo de la gestión, tiene que ver con el desarrollo y la puesta en práctica de nuevas ideas, por aquella gente que se compromete con otras, en un tiempo y dentro de un marco institucional. Desde la perspectiva sociológica, la innovación es un proceso que crea formas de organización, objetos técnicos, modos de uso, aptitudes, reglas, prácticas y nuevos actores. La innovación no se reduce a los aspectos técnicos sino que se abre a todo tipo de realidades (Mayer, 1999:216).¹

La coincidencia en la transformación, como elemento de innovación, puede rastrearse desde el pensamiento de Justo Sierra, para quien el control de la educación por parte del Estado significó una verdadera transformación, *una revolución*, el nacimiento de la escuela moderna cuyo fin era extender y perfeccionar la educación nacional con el objeto de lograr la transformación y el mejoramiento del individuo en particular y de la sociedad en general. Lograr una educación integral que buscaba en el niño el desarrollo armónico de sus facultades físicas, morales, intelectuales y estéticas. La cultura intelectual podía alcanzarse con el ejercicio gradual y metódico de los sentidos y de la atención, el lenguaje, la disciplina de la imaginación y la progresiva aproximación al juicio, al alejar al niño del campo de lo abstracto. Para ello era necesario que viera los objetos, los palpase, conociera su naturaleza.

Para Justo Sierra, la palabra *innovación* provocaba desconfianza entre los mal informados profesores de la época. Innovar en la educación elemental permitía fomentar en el niño aptitudes y facultades especiales para desarrollar su destreza natural, facilitaba la formación de sus ideas cultivando las aptitudes de invención y creación que constituían, en el niño, un modo *importantísimo* del desarrollo intelectual. La innovación podía ponerse en práctica a través del desarrollo de la educación moral, que era la de la voluntad, sobre la cual se formaba el carácter de los niños, “el fin supremo de la Escuela que equivale a formar hombres” (*Boletín de Instrucción Pública*, 1907:99)

El desarrollo de esta propuesta innovadora significó una reorganización del ambiente escolar. Con el marco legal que estipulaba la uniformidad, el laicismo, la gratuidad y la obligatoriedad (1891), la creación de la Dirección de Enseñanza Normal (1901) y de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes (1905), el funcionamiento de un órgano de vigilancia como el Consejo Superior de Educación Pública (1902) y la formación de un cuerpo de inspectores (1901) que concediera atención a la práctica de la enseñanza de la lengua nacional, los trabajos manuales y los conocimientos elementales intuitivos y coordinados de las cosas, los seres y los fenómenos que estuvieran al alcance de los niños, a efecto de que pudieran aprovechar mejor los recursos del lugar en que vivían y se fomentaran los que en cada localidad existían (*Boletín de Instrucción Pública*, 1907, tomo XII: 194).²

Para Justo Sierra, la importancia del método intuitivo residía en permitir que el maestro se dejara sugerir “[...] por el niño, por sus instintos, por sus movimientos, por sus anhelos [...]”, donde el libro, el cuestionario y la proyección del objeto visto y manipulado fueran el único medio para lograr el mejor aprendizaje. Justo Sierra recomendaba a los profesores, lograr un aprendizaje concreto, por ejemplo, si se trataba de un teorema geométrico, era importante enseñar al escolar no sólo la demostración gráfica, sino sus aplicaciones prácticas “[...] en la escuela misma y en las excursiones reglamentarias [...]” (*La Enseñanza Normal*, 1904:27).

Esta reforma se extendió a todos los niveles escolares bajo la supervisión del Consejo Superior, formado por lo mejor de la intelectualidad mexicana de la época, quien sometió a discusión las innovaciones pedagógicas en cuanto a los programas y los métodos de enseñanza. De esta manera se prescribió la asistencia obligatoria de los alumnos normalistas a las conferencias pedagógicas y a las excursiones así como a visitas escolares de carácter científico (Meneses, 1998:600-613)

Aprendiendo de la naturaleza: las lecciones de cosas y las excursiones escolares

Como resultado de las discusiones académicas llevadas a cabo en los congresos de Instrucción Pública (1889-1890 y 1890-1891) se acordó adoptar el método objetivo en el proceso de aprendizaje de casi todas las asignaturas. Este método, llamado también intuitivo o de Pestalozzi, fue desarrollado por el pedagogo suizo en su tratado, *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, donde señalaba la importancia del desenvolvimiento gradual de las facultades intelectuales de los niños a través de la observación y el análisis de los objetos que le rodeaban (Bazant, 1999:145-146). Un método que tenía como objeto facilitar en los niños la formación de percepciones claras acerca de las cosas de las que el maestro les hablaba. Se recomendaba su aplicación sobre todo en las materias científicas del currículum escolar como la aritmética y las lecciones de cosas, aunque se aconsejaba también su uso en la enseñanza de la historia:

[...] naturalmente no basta mostrar los objetos, es indispensable entablar una conversación sobre los mismos [...] nada más natural que en Guanajuato, el maestro lleve a sus alumnos al Castillo de Granaditas y desde la azotea les enseñe la posición que ocupó el ejército de Hidalgo y les recuerde los grandes sucesos que allí se verificaron. Indeleble impresión causará a los niños [...] visitando en compañía del maestro el antiguo Castillo de Chapultepec [...] (Rébsamen, 1890:44).

Como asignatura, las lecciones de cosas aparecieron en la ley de instrucción pública de 1890. El programa escolar proponía que los

alumnos que cursaban primer año, debían observar los objetos materiales que les rodeaban para saber de qué estaban hechos y para qué servían. En el segundo año, los niños conocían de cerca los instrumentos empleados en la agricultura, las artes y la industria y todo lo relacionado con las plantas y los animales vertebrados. Durante el tercer año, adquirían nociones sobre los meteoros, el clima, la producción de la localidad, los animales invertebrados, el cultivo del maíz, el trigo y otros cereales y, en el último año, abordaban las nociones de anatomía y fisiología del cuerpo humano y de la higiene (Bazant, 1999:150).

Las lecciones de cosas o lecciones objetivas proponían dar al niño ideas o conocimientos variados de cosas que pudieran ser vistas. Cuando el contacto directo no era posible, se recurría a las ilustraciones de láminas o a las imágenes de los libros escolares, con el objeto de provocar la curiosidad y la atención del niño hacia hechos y cosas que buscaban enriquecer y ampliar su experiencia. Las lecciones de estos libros estaban orientadas a la lectura de temas que los ponían en contacto con los vegetales, los animales y sobre todo los aparatos contruidos por el hombre, cuyo fin era mostrar su acción en pro del progreso. Todas las disciplinas escolares procuraron adaptarse al uso del método objetivo. Para el aprendizaje de la historia patria se recomendaba, cuando no fuera posible presentar los objetos mismos, el uso de buenas estampas de libros como el *Atlas pintoresco* de García Cubas, *México a través de los siglos* o la *Historia de México* de Brancroft. También se aconsejaba el empleo de los cuadros murales, el uso de mapas, los dibujos en el pizarrón, las representaciones teatrales pero, sobre todo, se buscaba que el maestro hiciera una *descripción intuitiva* donde diera vida a la narración, citando máximas pronunciadas por los personajes en cuestión (Rébsamen, 1890:45-49).

Los libros de lecciones de cosas podían ser de dos clases: los que trataban de los objetos pertenecientes a un solo reino de la naturaleza, una sola ciencia o un solo arte u oficio y aquellos que estudiaban objetos heterogéneos pertenecientes a varias ciencias con semejanzas entre sí, una serie de modelo enciclopédico, de carácter

sincrético que reunía en un solo volumen toda la cultura escolar (Gómez R., 1997:450-453 y Escolano, 2000:28-29).

A este segundo grupo correspondieron casi todos los libros sobre esta asignatura que circularon en la escuelas elementales de nuestro país, pues después de la polémica que causó el uso y el abuso del texto en el Segundo Congreso de Instrucción Pública, se acordó que sólo sería obligatorio el de lectura para todos los años de primaria, así pues, los libros de otras asignaturas tuvieron que adaptarse a las exigencias de la época, como sucedió, por ejemplo, con el de historia más popular del periodo, la *Historia patria* de Justo Sierra, quien recomendaba a los maestros considerarlo sobre todo como un libro de lectura que, una vez leído, releído y explicado, pero sobre todo bien entendido, se guardara en la memoria (Martínez, 2001:396-399,417).

Los autores de libros de texto buscaron, entonces, que el educando se interesara en sus publicaciones pues con ellas podían “asimilar asuntos de más valor para su vida práctica”, para conseguirlo fue necesario que el libro resultara atractivo, lleno de “grabados, figuras coloridas, clara y perfecta letra” (Ruiz, 1903:38).

Entre 1904 y 1907, para cubrir el programa de estudio de la signatura de *Lecciones de cosas*, se autorizó para el Distrito Federal y territorios, el uso de *El lector enciclopédico mexicano, número 3*, del profesor Gregorio Torres Quintero (cuadro 1). Este libro de texto, presentado en forma de breves lecciones para ejercitar la lectura contenía un buen número de ilustraciones. Para el tema de “La observación”, por ejemplo, el autor recurría a contar la historia de un simple artesano de aldea pero sabio a la vez:

[...] sabía algo de todo.. habiéndolo aprendido y adivinado por sí mismo [...] mi secreto es muy sencillo, decía, jamás he atravesado un campo sin mirar las plantas que crecen, los animales que se alimentan y sin cambiar alguna palabra de amistad con los hombres que encontraba (Torres Quintero, 1908:11).

Cuadro 1
Libros de texto aprobados para la escuela oficial
de Instrucción Primaria Elemental del DF y territorios
federales para el periodo 1905-1907

Grado	Año	Título	Autor
Primer año			
Lectura	1905	<i>Método Rébsamen de lectura y escritura</i>	Enrique Rébsamen (DF)
		<i>Enseñanza simultánea de lectura y escritura</i>	Claudio Matte (territorios)
Segundo año			
Lectura	1905	<i>El niño mexicano. Libro 1º de lectura</i>	Luis de la Brena (para niños)
	1905	<i>El ángel del hogar</i>	Delfina C. Rodríguez (para niñas)
	1907	<i>Lector infantil mexicano</i>	Gregorio Torres Quintero (niños)
	1907	<i>Rafaelita. Libro 1º</i>	María M. Rosales (niñas)
Tercer año			
Lectura	1905-1907	<i>El lector mexicano. Libro 2º de lectura</i>	Andrés Oscoy (niños)
	1905	<i>El niño mexicano. Libro 2º de lectura</i>	Luis de la Brena (niñas)
	1907	<i>El ángel del hogar. Libro 2º</i>	Delfina C. Rodríguez (niñas)
Geografía	1905-1907	<i>El Distrito Federal de la República Mexicana</i>	José Juan Barroso (DF.)
Historia patria	1905-1907	<i>Primer año de historia patria</i>	Justo Sierra
Cuarto año			
Lectura	1905	<i>Lecturas mexicanas</i>	Amado Nervo (niños y niñas)
	1905	<i>El niño fuerte</i>	C. Pineda (niños)
	1905	<i>La mujer en el hogar</i>	Dolores Correa (niñas)
	1907	<i>Lector enciclopédico mexicano, núm. 3</i>	Gregorio Torres Quintero (niños)
	1907	<i>La perla de la casa</i>	Delfina C. Rodríguez (niñas)
Geografía	1905-1907	<i>Geografía elemental</i>	Ezequiel A. Chávez
Historia patria	1905-1907	<i>Segundo año de historia patria</i>	Justo Sierra
Aritmética	1905-1907	<i>El cuarto año de aritmética</i>	Julio S. Hernández
Instrucción cívica	1905	<i>Nociones de instrucción cívica</i>	Ezequiel A. Chávez (niños)
	1907	<i>El niño ciudadano</i>	Celso Pineda (niños)
	1905-1907	<i>Nociones de instrucción cívica</i>	Dolores Correa Zapata (niñas)

Fuente: *Boletín de Instrucción Pública*, T. XII, pp. 99-102.

Otros tipos de libros donde se ejercitaba la lectura de estos temas fueron el *Frascuero* y en el estado de México, *El niño ilustrado. Libro cuarto de lectura o preparación al estudio de las ciencias*, de José María Trigo, donde se explicaba el uso del termómetro y el barómetro junto con mensajes sobre el trabajo y la honradez. También circularon traducciones del francés, como las *Lecciones de cosas en 650 grabados*, del profesor Luis G. León que llegó más allá de nuestras fronteras e hizo conocer a los niños españoles las enseñanzas del doctor en ciencias de la Facultad de París, Georges Colomb (Melcón, 2000:156).³

Pero el conocimiento de estos temas no se limitó al uso del libro en el aula escolar pues el programa de lecciones de cosas se reforzó con la realización de excursiones escolares cuyo principal objetivo fue aumentar los conocimientos prácticos de los alumnos e inspirarles el amor a la naturaleza. Hacia 1904, las excursiones escolares empezaron a generalizarse. Por ejemplo, en la primaria anexa a la Escuela Normal de Profesores, esta actividad se llevó a cabo los miércoles de cada semana (AHSEP, 1892:5.2), mientras que, en el estado de México, esta práctica ya existía desde 1899 pues el reglamento escolar exigía que los maestros llevaran, cada mes, a los alumnos de excursión, para que desarrollaran la facultad de observación (Bazant, 1999:37).

En general, las visitas escolares tenían dos objetivos: el estudio de un tema en particular y el recreo, como sustituto del reparto de premios en la escuela elemental (*La Enseñanza Normal*, 1905:273). Las excursiones escolares se realizaban acompañados de un profesor y un celador encargado del grupo. Cuando se elegía una temática, como las lecciones de geografía, física, topografía, zoología, botánica o mineralogía, podía visitarse algún establecimiento industrial o fabril, donde el profesor daba, sobre el terreno, la lección sobre la cual se insistía en la clase siguiente. Los estudiantes normalistas realizaban viajes escolares por ferrocarril, acompañados de profesores, inspectores y autoridades escolares que financiaban los traslados (AHSEP, 1892:5.2).

Los maestros y los niños debían realizar mensualmente paseos al campo, a lugares históricos, a fábricas o a industrias, con el fin de

recoger muestras de la flora y la fauna, de las rocas o minerales que servirían como temas de clase *in situ* y, posteriormente, formarían parte del museo escolar (Bazant, 1999:152-153). Una iniciativa de Alberto Correa muestra el interés hacia la presentación de los logros de un país moderno con la formación de un “Museo escolar de materias, productos y manufacturas nacionales”, cuyo objeto era reunir el material necesario para facilitar la enseñanza de todas las asignaturas haciéndolas intuitivas. Alberto Correa solicitó no sólo a los niños sino a los forjadores del desarrollo del país: los encargados en “el campo, en el taller, en la fábrica (que) derraman constantemente en la comunidad social un torrente de bienestar físico, intelectual o moral y el de los que desde la humilde cátedra del pueblo, la escuela primaria, estimulan y encauzan ese torrente inagotable”, el envío de muestras para que dieran cuenta del progreso en el que se encontraba el país (*La Enseñanza Normal*, 1905:149).

Como hemos señalado, gran parte de las asignaturas escolares y de los libros de texto que circularon en las escuelas adoptaron el método intuitivo, por ello no resulta extraño encontrar un interés particular por esta asignatura en la temática de las discusiones pedagógicas de los profesores que asistieron a las academias pedagógicas. En 1906, por ejemplo, los profesores de Tenango, estado de México, hicieron diez ejercicios de lecciones de cosas frente a dos de idioma, seis de aritmética, cinco de geometría y tres de historia (Bazant, 1999:161).

Las excursiones escolares permitieron también el relajamiento de la disciplina a la que los alumnos estaban sometidos en la rutina diaria pues, al dejar los bancos de clase, verdaderos “potros de tormento”, se les permitía el juego y el recreo donde los alumnos aprovechaban para “[...] correr y jugar, alentados por la hermosura del paisaje...el recreo libre que amenizaron con juegos y regocijos cantos...desbordantes de alegría y animación [...]” (*La Escuela Normal*, 1904:154 y 1907:78).

Pero debido a este carácter flexible, fuera del aula escolar, las excursiones también fueron criticadas por la comunidad y catalogadas por algunos padres de familia, como “simple pérdida de tiempo, simple excursión de recreo”, a pesar de la opinión de los profesores

que defendían todo lo que el niño podía aprender “en esos días en que aparentemente no se estudia sino que se juega y se pasea...”. Esta polémica llevó a los profesores a establecer dos estrategias para evitar la dispersión en las excursiones escolares: fijar claramente el fin de cada visita —histórica, agrícola, industrial, topográfica— y exigir a los alumnos un relato escrito de su salida donde se ordenara claramente y con un buen nivel de redacción sus experiencias de viaje.⁴ Un ejercicio creativo y útil a nuestros intereses pues algunos de estos testimonios fueron publicados, lo que ahora nos permite recrear sus experiencias y conocer, a través de sus impresiones, el efecto que les causaba el aprendizaje fuera de la escuela (*La Enseñanza Normal*, 1907:78).

Las excursiones escolares, 1904-1908

Entre 1904 y 1907, los alumnos de las escuelas elementales realizaron excursiones escolares de un solo día, mientras que los de la Escuela Normal de Profesores y Profesoras de la ciudad de México hicieron diferentes viajes escolares, a distintos puntos del país, hasta por ocho días. Los objetivos de estas visitas giraron en torno al conocimiento pedagógico de otras instituciones escolares, cumplieron fines temáticos, conocieron el progreso de ciertas industrias del país pero, también, influidos por los planteamientos higienistas y sanitarios de la época pudieron advertir “la mano arrasante del hombre” y los inconvenientes de las aglomeraciones urbanas.⁵

Uno de los destinos preferidos de los estudiantes de la Escuela Normal de la ciudad de México fue Veracruz, pues veían, con mucho aprecio, los logros educativos del profesor Enrique Rébsamen en la región. Una primera excursión de tres días fue financiada por la propia entidad. La reseña del viaje dio cuenta del buen humor y de la expectación que causó el cambio de paisaje al que estaban acostumbrados. Los viajeros conocieron el funcionamiento de vapores, corbetas y barcos-escuela, visitaron el palacio municipal, la escuela naval, las cantonales y las municipales, el Hospicio Zamora y el histórico castillo de San Juan de Ulúa que sirvió de motivo para recordar pasajes de la historia de México.

Los estudiantes asistieron a una serie de actividades en las escuelas veracruzanas: durante su visita a la cantonal, presenciaron la entrega de una bandera nacional ofrecida por los mexicanos residentes en Tampa, Estados Unidos; conocieron diferentes planes de estudio de las instituciones educativas; asistieron a la representación de la obra *Venganza de Bravo* de un autor local en el teatro Dehesa; supieron del funcionamiento del hospital, de la escuela del Hospicio Zamora y participaron de la tertulia literaria del Casino español (*La Enseñanza Normal*, 1907:18-21).

En un segundo trayecto hacia Veracruz, los alumnos recrearon hechos históricos en los sitios que visitaban. Por ejemplo, en el cerro de Guadalupe, en Puebla, recorrieron a pie el camino por donde transitaron los franceses el 5 de mayo de 1862. Las explicaciones de aquella jornada los motivaron a entonar el himno nacional mientras descendían por la falda del cerro, un interés que los aspirantes a profesor debían cultivar pues, en el futuro, serían ellos los encargados de “[y] reanimar y fortificar en las generaciones [...] el sentimiento que guió a los defensores de Puebla [...]” (*La Enseñanza Normal*, 1905:243 y 1907:10).

Los alumnos normalistas conocieron también detalles interesantes en torno a la educación de la región: las condiciones materiales y el funcionamiento de las escuelas Normal y Lafragua que, entre sus curiosidades, exponía un cuadro mural con motivo de la campaña antialcohólica impulsada en la época. Cabe señalar que uno de los momentos más interesantes de la visita escolar se suscitó cuando los alumnos asistieron a una clase de geografía impartida para los alumnos de cuarto año, pues el profesor de la clase, sirviéndose del mapa respectivo, hizo un recordatorio sobre la división política del país y la orografía de México, que le sirvió para reflexionar con los alumnos sobre el problema de las fronteras y del regionalismo, “tan perjudicial a la unidad nacional” (*La Enseñanza Normal*, 1907:15-17).

También visitaron las instalaciones del Colegio de Estado o Instituto Científico y Literario, a saber: su museo de historia natural, el gabinete de física, el departamento de medicina y, sobre todo, los alumnos quedaron sorprendidos con el moderno gimnasio cuyos

aparatos adaptados al sistema sueco y francés parecían dar respuesta al lema escrito en sus paredes *mens sana in corpore sano*.

Los excursionistas se interesaron también en conocer la labor educativa de Enrique Rébsamen. Visitaron las instalaciones de la Escuela Normal ubicada, desde 1987, en el antiguo convento de San Ignacio y se sorprendieron con el índice tan alto de titulación de profesores y del presupuesto gastado por alumno en material escolar.⁶ Conocieron el gabinete de física, la estación de telegrafía, el laboratorio de química y el museo de historia natural de la preparatoria donde estaba expuesto el esqueleto de un ballenato atrapado en las costas veracruzanas.

Una de las paradas más importantes del viaje se hizo en el pueblo de Coatepec. Ahí, los alumnos normalistas visitaron una escuela y la antigua imprenta de don Antonio Matías Rebolledo donde platicaron con la viuda y la hija del impresor, quienes les mostraron las prensas de donde salió una de las publicaciones de referencia de la época, *La Reforma de la Escuela Elemental* de Carlos A. Carrillo.⁷

En Toluca, los profesores ciudadanos visitaron la Escuela Normal para Profesoras, donde advirtieron el aspecto tétrico de los edificios de la época colonial, los bien cultivados jardines de la escuela y la extremada limpieza y confirmaron una situación que vivían muchas escuelas del país; la falta de material, el desajuste con los tiempos escolares y la ausencia de ejercicios físicos en la currícula. Al estar presentes en la clase experimental de química, cuyo objetivo era aprender la composición del aire, se sustituyeron los utensilios propios de la clase por otros de cartón, lo que creó confusión entre los alumnos. Además, la opinión general de los profesores fue que 45 minutos era un tiempo muy corto para anotar, ordenar y corregir todos los trabajos que se habían presentado en la clase de química. Además la currícula de la escuela estaba tan cargada que la clase de gimnasia se daba como materia extraescolar (*La Enseñanza Normal*, 1905:275-276)

También se realizaron visitas a la Escuela de Comercio Miguel Lerdo y a la de Artes y Oficios para mujeres, que permitió discutir sobre “el triunfo real del feminismo”, pues al observar una clase

práctica de farmacia, se insistió en el hecho de que la profesora pudiera dedicarse a ciertas ramas de la ciencia, con lo que se ofrecía a la mujer una enseñanza fácil y un trabajo lucrativo, y con ambos se contribuía “al aumento de la riqueza nacional y el mejoramiento de la Patria” (*La Enseñanza Normal*, 1907:46).

Las excursiones escolares también cumplieron objetivos temáticos. Una de ellas, hacia el pueblo de Tizapán, en el Distrito Federal, dio oportunidad a los profesores del curso de metodología aplicada de mostrar la enseñanza de la geometría empírica con el levantamiento de planos, siguiendo el método de *rumbo y distancia*. El éxito de los trabajos permitió al profesor asegurar que este tipo de ejercicios representaban “el más seguro medio de realizar el aprendizaje de los teoremas [...]”, un aprendizaje que resultó divertido y donde pudo evitarse el uso del libro de texto, “[...] una verdadera tortura para las inteligencias infantiles” (*La Enseñanza Normal*, 1905:182-183).

Todo lo que se atravesaba en el camino de una excursión escolar, podía ser motivo de aprendizaje, como “la lagunilla de agua” que encontraron los alumnos y el profesor de la escuela elemental de San Pablo de la municipalidad de Toluca en la visita que hicieron a la hacienda de Jiltepec, donde “las ondulaciones que hacía el viento [...] corriendo del poniente hacia el oriente [...]”, permitieron mostrar el movimiento que hacían las olas en el mar, tan grandes “...como los cerros que se ven por aquí” (Bazant, 1999:153).

Una explicación del profesor de química sobre el procedimiento para extraer la plata, llevó a los alumnos normalistas a visitar la hacienda de beneficio de Loreto, en Pachuca, Hidalgo. En esta visita los alumnos conocieron, paso a paso, el *método de patio* para la extracción de la plata, inventado y puesto en práctica en la región, desde 1557, por Bartolomé de Medina. Conocieron el funcionamiento de la maquinaria importada que poseía la hacienda, es decir, los molinos quebradores y los chilenos, las mesas concentradoras Johnston y el aparato repasador Parrés Waters, una innovación tecnológica del ingeniero Parrés, jefe de la hacienda (*La Enseñanza Normal*, 1904:31).

Este interés hacia los forjadores del progreso en las haciendas se muestra también en la visita que la clase normalista de geografía e historia hizo a Puebla cuando mostraron respeto frente a las estatuas ubicadas a lo largo del Paseo Nuevo: Nicolás Bravo, los Héroes de la Independencia, el doctor Gabino Barreda y don Esteban de Antuñano “introducido de la industria de hilados y tejidos en el país” (*La Enseñanza Normal*, 1905:243).

Al realizar viajes escolares a diferentes puntos del país, los alumnos normalistas también tuvieron oportunidad de comparar diferentes actitudes entre la población. Una que les causó gran impresión fue la de los indios del mercado poblano a quienes calificaron de “escrupulosísimos para recibir monedas” pues al recibir las las revisaban detenidamente y preferían conservar sus mercancías cuando las monedas no eran de su gusto (*La Enseñanza Normal*, 1905:243).

Durante el trayecto de otro viaje de estudios, los alumnos conocieron la producción de la barranca de Zomelahuacan donde se les informó sobre la extracción de los minerales de oro y cobre, vieron la producción de tierra fría rica en pinos, oyameles, acalotes, cipreses, romerillo, encino, roble, siguieron la trayectoria del arroyo de Río Frío, que marcaba el límite entre los cantones de Jalacingo y Jalapa; conocieron del corte y la exportación de la madera de los bosques del pueblo de Las Vigas y cruzaron “el mal país”, sitio donde crecía una variedad de encino pequeña y raquítica utilizada únicamente como combustible, los sembradíos de azúcar y café de Coatepec, Xico y los dinamos en la barranca de Texolo.

A través de un viaje por ferrocarril, los alumnos normalistas de la clase de geografía e historia siguieron las interminables hileras de magueyes finos que producían el mejor pulque de los llanos de Apam; en Texcoco, en su visita a una fábrica de vidrio, conocieron el procedimiento en la elaboración de garrafrones y de cristales planos; tomaron clase de geografía y botánica en el Valle de México donde recolectaron plantas en la fábrica de papel y coincidieron en señalar la diferencia que sentían en el ambiente frente a *la viciada atmósfera que atosiga y oprime* en la ciudad de México (*La Enseñanza Normal*, 1907:78).

Una excursión escolar efectuada hacia Dos Ríos, estado de México, nos da idea de la impresión que los estudiantes tenían del cambio drástico de la naturaleza. En su opinión, la región se había modificado lamentablemente, “[...] las encinas corpulentas y majestuosas, los vetustos y venerables sabinos, los sauces exuberantes y jugosos [...] ¿en dónde están? [...] se han vuelto humo [...]”. Pero este humo no había vuelto al suelo en forma de agua, por lo que las sequías, “inflexibles e incommovibles”, habían castigado duramente a la población debido a la imprudencia de algunos hombres que habían talado los bosques convirtiéndola en “[...] una comarca desarbolada y sin agua [...]”. Su descubrimiento los llevó a cuestionar el nombre de la población, que de Dos Ríos “[...] mañana no podrá llevar ni el de Dos Arroyos [...]” (*La Enseñanza Normal*, 1905:158-160).

Una afirmación que dista de ser real, pues contradice la visión de un especialista del México rural cuyo modelo de la hacienda mexicana ha sobrevivido más de un siglo: “[...] la enorme cantidad de parcelas de cultivo que perfectamente suben hasta la cima de las montañas de Las Cruces [...] ¿no les habrá ocurrido a todos quienes han visto ese pueblo que si las grandes planicies de las haciendas estuvieran cultivadas así, otros serían los destinos nacionales?” (Molina Enríquez, 1978:153).

Esta advertencia sobre el medio ambiente también se hizo patente en libros de texto como, *Tercer año de lecciones de cosas* de Luis G. León. Influido por los planteamientos higienistas y sanitarios de la época, el autor invitaba a los niños a aprovechar cualquier oportunidad que tuvieran para salir de la ciudad y respirar el aire puro del campo, libre de la aglomeración humana, el polvo provocado por el tráfico de animales, de vehículos y de las chimeneas de las fábricas. Según el autor, su efecto se percibía en la alteración del sistema nervioso causado por los *mil ruidos* del rodar de los coches y las carretas, las bocinas, los gritos de los vendedores, los timbres de los motores y el zumbido de los aserraderos. El clima malsano de la ciudad se revertiría con las obras del desagüe del valle de México, que devolvería a la ciudad el calificativo de ser *uno de los lugares más sanos del mundo* (León, 1913:45).

El agua también fue un tema recurrente en los libros escolares. Igual se describían sus virtudes que su poder para provocar verdaderos desastres en una región. Como en la reseña sobre una excursión escolar al Popocatepetl, un volcán donde desde lo alto “pensábamos que desde ahí todo parece dichoso y tranquilo [donde] no llegan [...] los gritos de guerra de los roedores... los crujidos de la fúnebre entonación [...] que derriba el hacha del leñador, o que castiga [...] el dios furibundo de las tempestades o el fuego del incendio [...]” (Avilés, 1910:24). El tema también sirvió para dar lecciones de higiene pues se recomendaba a los niños hervir el agua por quince minutos para purificarla y evitar los microbios antes de tomarla. (Colomb, 1904:32).

Notas finales

Las excursiones escolares estuvieron destinadas a mostrar a los alumnos los diversos aspectos del medio que habitaban. Junto con ellas, las fiestas de fin de año, las de premiación o cualquier festejo que reuniera a la comunidad en torno a la escuela, permitió tanto a los alumnos como a los padres de familia mantener contacto con la escuela, un contacto que hizo disminuir el aislamiento de la institución frente a la realidad económica y social que vivía el país.

Las excursiones y los viajes escolares estuvieron orientados a aprender fuera del aula. Con estos paseos escolares, los alumnos observaron diferencias y particularidades de cada región explorada, una gran paradoja pues la idea general de la época abogaba por la uniformidad del país, donde no existía diferencia alguna, pues el discurso oficial apuntaba a conseguir que México estuviera orientado al desarrollo industrial. Sin embargo es curioso reconocer en los textos que narran los itinerarios de los viajes, que los relatores señalan claramente las diferencias para cada región, incluso se atreven a decir que fuera de la ciudad de México “también hay patria”, considerando las recomendaciones de Enrique Rébsamen quien advertía que debía “...preferirse lo que tenga colorido local, pero sin caer en la exageración de querer hacer historia local y cuidándose mucho de no fomentar el espíritu del localismo” (Rébsamen, 1890:20).

Gracias a los testimonios escritos de los viajeros sabemos que reconocieron el valor de los viajes escolares en su formación profesional, pues como lo señala uno de ellos: “¿Quiénes...más urgentemente necesitados de conocer la patria, de un modo tan exacto y preciso como el que suministra la observación directa de las cosas que la constituyen, que aquellos que luego han de contribuir a la renovación del espíritu patrio?” (*La Enseñanza Normal*, 1907:31-32).

Como puede advertirse en los testimonios, los paseos escolares permitieron a los alumnos escapar de la vida sedentaria del aula y de la disciplina escolar, pero no siempre reinó la armonía pues debido a su carácter aparentemente flexible, las excursiones crearon malestar no sólo dentro de la escuela, cuando algunos padres de familia las catalogaron como “simple pérdida de tiempo”, sino que también otros habitantes de la comunidad las vieron con recelo. Hacia 1900, por ejemplo, el maestro de la escuela San Pablo, de la municipalidad de Toluca, llevó de paseo a sus alumnos a la “pedrera” de la hacienda de Jiltepec y fueron acusados de romper la compuerta y obligados a pagar una cantidad por la pérdida de agua que habían sufrido, este hecho motivó a cancelar, en 1902, las excursiones escolares en el estado de México (Bazant, 1999:153).

Es claro que los viajeros que participaron en estos paseos escolares fueron alumnos privilegiados por tener acceso al conocimiento y a la experiencia, un privilegio que no sólo tiene que ver con lo pedagógico sino también con lo económico, puesto que sabemos que la población mexicana viajaba poco debido a las altas tarifas del transporte. Si consideramos que, hacia 1910, un boleto en primera clase resultaba tres veces más caro que uno en diligencia o el costo de un viaje promedio de 67 km en segunda clase era de \$1.63 equivalente a 9.4 días de salario mínimo diario en la agricultura y dos días de trabajo para los grupos mejor remunerados como los burócratas, comprenderemos que se evitaba viajar en ferrocarril, excepto en casos en que las largas distancias hicieran poco práctico o peligroso el viaje por otro medio. Esto explica por qué, en 1910, sólo viajó a Veracruz, una tercera parte de la población del país (Coatsworth, 1984:63-66, 136-137).

Hasta ahora conocemos únicamente los reportes de quienes viajaron desde la ciudad de México a Veracruz (*La Enseñanza Normal*, 1904-1907) y dentro del estado de México (Bazant, 1995, 1999) sin embargo aún falta mucho por conocer, pues los viajes y las excursiones escolares han tenido larga vida. Hacia 1910 fue un tema común en los discursos de los intelectuales y de los pedagogos, en los informes de los inspectores, en las reuniones académicas de los profesores, en las reseñas que los alumnos publicaron en las revistas pedagógicas y en los temas de los libros de texto. Su historia está aún por escribirse pues, en la actualidad, se sigue realizando esta práctica pedagógica en las escuelas primarias aunque los viajes sólo sobrevivieron hasta 1984 cuando la formación normalista tomó el carácter de licenciatura, una historia de largo alcance que nos permitirá dar a conocer el impacto y la difusión de una innovación pedagógica puesta en marcha durante el porfiriato.

Notas

- 1 Un ejemplo de innovación puede verse en el caso del vehículo eléctrico, que no se reduce a un nuevo sistema de movilidad sino a la nueva concepción en su uso, de organización de las ciudades, del modelo de energía, actores, de principios jurídicos, etcétera (Foray y Mairesse, 1999:216).
- 2 Antonio Viñao (1990:83) ha mostrado que la innovación pedagógica a finales del siglo XIX en la escuela elemental española, tuvo que ver también con el desarrollo de la educación integral, la enseñanza activa y útil, las lecciones de cosas, los trabajos manuales, el control sobre los libros de texto, los viajes y las excursiones escolares, la clase de educación física, etcétera. Un cambio que tenía que ver con la aparición y difusión de un nuevo modelo de organización por una escuela con varias aulas, con maestros, grados y alumnos clasificados y agrupados en función de su edad y conocimientos, es decir, una nueva ordenación del espacio, las tareas, los ritmos y los tiempos de la escuela.
- 3 *Las Lecciones de cosas en 650 grabados*, de Georges Colomb, doctor en ciencias y subdirector del Laboratorio de Botánica de la Facultad de Ciencias de la Universidad de París, se publicó en Francia en 1895. La traducción al castellano circuló en España desde 1904 hasta 1966 y fue

una adaptación hispanoamericana del profesor Luis G. León (Melcón, 2000:156)

- 4 “Cuando hubiéreis visto una cosa, observado con atención un hecho, trataréis de expresarlo por medio de la palabra, por la escritura, por el dibujo, es decir, por medio de los diferentes lenguajes de que disponéis para explicar a los demás lo que sabéis y hacerlos partícipes de los sentimientos que habéis experimentado” (Torres Quintero, 1908:12).
- 5 El artículo 17 del reglamento estipulaba que podían efectuarse excursiones escolares a lugares en que los alumnos “encontraran motivos especiales de educación o de salud...” (*La Enseñanza Normal*, 1907: 283)
- 6 Hasta 1902 se había gastado en material escolar la suma de 26 mil 562 pesos. El presupuesto para 1907 era de alrededor de 60 mil pesos; la mitad estaba destinada para los 120 alumnos pensionados. Hasta 1907 se habían recibido 245 profesores normalistas (*La Enseñanza Normal*, 1907:25).
- 7 Durante la visita a la imprenta, el subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Ezequiel A. Chávez, escribió una nota de agradecimiento: “En recuerdo al gran educador mexicano Carlos A. Carrillo, tenemos la honra de visitar, hoy 8 de agosto de 1907, la imprenta en que se dieron a la estampa sus obras y que tenemos la satisfacción de encontrar dirigida por dos laboriosas mexicanas, dignas sucesoras del Sr. D. Antonio Matías Rebolledo” (*La Enseñanza Normal*, 1907:29).

Referencias bibliográficas

Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública (AHSEP) (1892). Historia y origen de la primaria anexa a la escuela normal, tomo IV. 5.2.

Archivo Histórico del Estado de México (AHedoMex) (1906-1908). Inventarios de las escuelas elementales del Distrito de Chalco. Fondo Educación Primaria, v. 1., exp. 7, 168 fjs.

Avilés, Gildardo (1910). *Nuestra patria. Geografía elemental de la República Mexicana*. París-México: Librería de la Vda. de C. Bouret.

Bazant, Mílada (1995). *Historia de la educación durante el porfiriato, México*: El Colegio de México.

Bazant, Mílada (1999). “La mística del trabajo y el progreso en las aulas escolares”, en Civera Alicia (coord.), *Experiencias educativas en el Estado de México. Un recorrido histórico*, México: El Colegio Mexiquense.

Bernal Martínez, José Mariano (2001). *Renovación Pedagógica y enseñanza de las ciencias. Medio siglo de propuestas y experiencias escolares (1882-1936)*, Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

Boletín de Instrucción Pública. Órgano de la Secretaría del Ramo (1907). México: Tipografía Económica.

Chanet, Jean-François (1996). *L'Ecole républicaine et les petites patries*, Francia: Aubier Histoires.

Coatsworth, John H. (1984). *El impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato*. México: ERA.

Correa, Alberto (1905). “Excursiones escolares, su objeto” en *La Enseñanza Normal*, núm. 10, junio 8, pp. 154-156.

Correa, Alberto (1907). “Excursión escolar a Puebla y Jalapa”, en *La Enseñanza Normal*, núm. 6, noviembre 22, pp. 5-7.

Escolano, Agustín (2000). “Los comienzos de la edición escolar moderna en España”, en *El Libro y la Educación*, catálogo editado con motivo del XXII Congreso de la ISCHE, España: ANELE

Foray, Dominique y Mairesse, Jacques (dir.) (1999). *Innovations et approches et interdisciplines performances*, París: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

Colomb, G. (1904). *Lecciones de cosas en 650 grabados*. Adaptación hispanoamericana por el Profr. Luis G. León, México-París: Librería de la Vda. de C. Bouret.

Gómez R. De Castro, Federico (1997). “Lecciones de cosas y centros de interés”, en Escolano, Benito Agustín (dir). *Historia ilustrada del libro escolar en España. Del antiguo régimen a la Segunda República*, Madrid: Fundación Sánchez Ruipérez.

La Enseñanza Normal (1904-1907). Publicación periódica de la Dirección General de Enseñanza Normal en el Distrito Federal.

León, Auguste (1889). *L'enseignement primaire à l'Exposition Universelle*, Bruselas.

León, Luis G. (1913). *Tercer año de Lecciones de cosas*, México-París: Librería de la Vda. de C. Bouret.

Martínez Moctezuma, Lucía (2001). "Miradas porfiristas: Sierra, Lavisse y la innovación pedagógica", en Martínez Moctezuma, Lucía (coord.), *La infancia y la cultura escrita*. México: Siglo XXI/Universidad Autónoma del estado de Morelos.

Melcón Beltrán, Julia (2000). "Currículo escolar y lecciones de cosas", en Tiana Ferrer Alejandro (coord.), *El libro escolar, reflejo de intenciones políticas e influencias pedagógica*, España: UNED.

Meyer de Arnoud (1999). "La thématique des compétences. Une confrontation des points de vue disciplinaires", en Foray Dominique y Mairesse Jacques (dir.), *Innovations et approches et interdisciplines performances*, París: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

Meneses Morales, Ernesto (1998). *Tendencias educativas oficiales en México 1821-1911*, México: Centro de Estudios Educativos/Universidad Iberoamericana.

Molina Enríquez, Andrés (1978). *Los grandes problemas nacionales*, México: ERA

Rébsamen, Enrique (1890). *Guía metodológica para la enseñanza de la historia en las escuelas primarias elementales y superiores de la República Mexicana*, Jalapa: Imprenta del gobierno del estado de Veracruz.

Ruiz, Luis E. (1903). *Cartilla de higiene escrita para la enseñanza primaria*, México: Librería de la Vda. de C. Bouret.

Sheldon, E. A. (1921). *Lecciones de cosas. En series graduadas con nociones de objetos comunes*, Nueva York-Londres: D. Appleton and Company.

Torres Quintero, Gregorio (1908). *Lector enciclopédico mexicano núm. 3 para uso de las escuelas primarias*, México-París: Librería de la Vda. de C. Bouret.

MARTÍNEZ MOCTEZUMA L

Trigo, José Ma. (1896). *El Niño ilustrado. Libro cuarto de lectura o preparación al estudio de las ciencias*, San Luis, Mo: Spanish-American Educational Co. Libreros Editores.

Viñao Frago, Antonio (1990). *Innovación pedagógica y racionalidad científica. La escuela graduada pública en España (1898-1936)*, Madrid: Ediciones AKAL.

Recepción del artículo: 6 de diciembre de 2001
Aceptado: 14 de febrero de 2002